

cados del asno, y áun de los que él tenía repartió con los circunstantes, cuya extraña liberalidad pasmó á todos: y si fueran los tiempos y las ocasiones del Tamorlan, le alzáran por rey de los aguadores.

Con grande acompañamiento volvió Lope á la ciudad, donde contó á Tomas lo sucedido, y Tomas asimismo le dió cuenta de sus buenos sucesos.

No quedó taberna, ni bodegon, ni junta de pícaros donde no se supiese el juego del asno, el desquite por la cola, y el brío y la liberalidad del asturiano; pero como la mala bestia del vulgo por la mayor parte es mala, maldita y maldiciente, no tomó de memoria la liberalidad, brío y buenas partes del gran Lope, sino solamente la cola; y así apénas hubo andado dos dias por la ciudad echando agua, cuando se vió señalar de muchos con el dedo que decían:

—Este es el aguador de la cola.

Estuvieron los muchachos atentos, supieron el caso, y no habia asomado Lope por la entrada de cualquier calle, cuando por toda ella le gritaban, quién de aquí, y quién de allí:

—Asturiano, daca la cola, daca la cola, asturiano.

Lope, que se vió asaetear de tantas lenguas y con tantas voces, dió en callar, creyendo que en su mucho silencio se anegára tanta insolencia; mas ni por esas, pues miéntras más callaba, más los muchachos gritaban; y así probó á mudar su paciencia en cólera, y apeándose del asno, dió á palos tras los muchachos, que fué afinar el polvorin y ponerle fuego, y fué otro cortar las cabezas de la serpiente, pues en lugar de una que quitaba, apaleando á algun muchacho, nacian en el mismo instante no otras siete sino setecientas, que con mayor ahinco y menudeo le pedian la cola.

Finalmente, tuvo por bien de retirarse á una posada, que habia tomado fuera de la de su compañero, por huir de la Argüello, y de estarse en ella hasta que la influencia de aquel mal planeta pasase, y se borrarse de la memoria de los muchachos aquella demanda mala de la cola, que le pedian.

Seis dias se pasaron sin que saliese de casa, si no era de noche, que iba á ver á Tomas, y á preguntarle del estado en que se hallaba, el cual le contó que despues que habia dado el papel á Costan-

za, nunca más habia podido hablarla una sola palabra, y que le parecia que andaba más recatada que solia, puesto que una vez tuvo lugar de llegar á hablarla, y viéndolo ella le habia dicho ántes que llegase:

—Tomas, no me duele nada, y así ni tengo necesidad de tus palabras, ni de tus oraciones; conténtate, que no te acuso á la Inquisicion, y no te canses.

Pero que estas razones las dijo sin mostrar ira en los ojos, ni otro desabrimiento que pudiera dar indicio de riguridad alguna.

Lope le contó á él la priesa que le daban los muchachos pidiéndole la cola, porque él habia pedido la de su asno, con que hizo el famoso desquite.

Aconsejóle Tomas que no saliese de casa, á lo ménos sobre el asno, y que si saliese, fuese por las calles solas y apartadas, y que cuando esto no bastase, bastaria dejar el oficio, último remedio de poner fin á tan poco honesta demanda.

Preguntóle Lope si habia acudido más la gallega.

Tomas dijo que no; pero que no dejaba de sobornarle la voluntad con regalos y presentes de lo que hurtaba en la cocina á los huéspedes.

Retiróse con esto á su posada Lope, con determinacion de no salir della en otros seis dias, á lo ménos con el asno.

Las once serian de la noche, cuando de improviso y sin pensarlo vieron entrar en la posada muchas varas de justicia, y al cabo el corregidor.

Alborotóse el huésped, y áun los huéspedes; porque así como los cometas cuando se muestran, siempre causan temores de desgracias é infortunios, ni más ni ménos la justicia, cuando de repente y de tropel se entra en una casa, sobresalta y atemoriza hasta las conciencias no culpadas.

Entróse el corregidor en una sala, llamó al huésped de casa, el cual vino temblando á ver lo que el señor corregidor queria.

Y así como le vió el corregidor le preguntó con mucha gravedad:

—¿Sois vos el huésped?

—Sí, señor,—respondió él,—para lo que vuesa merced me quisiere mandar.

Mandó el corregidor que saliesen de la sala todos los que en ella estaban, y que le dejasen solo con el huésped.

Hiciéronlo así, y, quedándose solos, dijo el corregidor al huésped:

—Huésped, ¿qué gente de servicio teneis en esta vuestra posada?

—Señor,—respondió él,—tengo dos mozas gallegas, y una ama y un mozo que tiene cuenta con dar la cebada y paja.

—¿No más?—replicó el corregidor.

—No, señor;—respondió el huésped.

—Pues decidme, huésped,—dijo el corregidor,—¿dónde está una muchacha que dicen que sirve en esta casa, tan hermosa, que por toda la ciudad la llaman la Ilustre Fregona, y aún me han llegado á decir que mi hijo D. Periquito es su enamorado, y que no hay noche que no le dé músicas?

—Señor,—respondió el huésped,—esa Fregona ilustre que dicen, es verdad que está en esta casa; pero ni es mi criada, ni deja de serlo.

—No entiendo lo que decís, huésped, en eso de ser y no ser vuestra criada la Fregona.

—Yo he dicho bien,—añadió el huésped;—y si vuesa merced me da licencia, le diré lo que hay en esto, lo cual jamas he dicho á persona alguna.

—Primero quiero ver á la Fregona que saber otra cosa: llamadla acá,—dijo el corregidor.

Asomóse el huésped á la puerta de la sala, y dijo:

—¿Oislo, señora? haced que entre aquí Costancica.

Cuando la huéspeda oyó que el corregidor llamaba á Costanza, turbóse y comenzó á torcerse las manos, diciendo:

—¡Ay, desdichada de mí! ¡el corregidor á Costanza, y á solas! Algun gran mal debe de haber sucedido, que la hermosura desta muchacha trae encantados los hombres.

Costanza, que lo oía, dijo:

—Señora, no se congoje, que yo iré á ver lo que el señor corre-

gidor quiere, y si algun mal hubiere sucedido, esté segura vuesa merced que no tendré yo la culpa.

Y en esto, sin aguardar que otra vez la llamasen, tomó una vela encendida sobre un candelero de plata, y con más vergüenza que temor fué donde el corregidor estaba.

Así como el corregidor la vió, mandó al huésped que cerrase la puerta de la sala, lo cual hecho, el corregidor se levantó, y tomando el candelero que Costanza traía, llegándole la luz al rostro, la anduvo mirando toda de arriba abajo; y como Costanza estaba con sobresalto, habíasele encendido la color del rostro, y estaba tan hermosa y tan honesta, que al corregidor le pareció que estaba mirando la hermosura de un ángel en la tierra; y despues de haberla bien mirado, dijo:

—Huésped, ésta no es joya para estar en el bajo engaste de un meson; desde aquí digo que mi hijo Periquito es discreto, pues tan bien ha sabido emplear sus pensamientos: digo, doncella, que no solamente os pueden y deben llamar ilustre, sino ilustrísima; pero estos títulos no habian de caer sobre el nombre de Fregona, sino sobre el de una duquesa.

—No es fregona, señor,—dijo el huésped;—que no sirve de otra cosa en casa que de traer las llaves de la plata, que por la bondad de Dios tengo alguna, con que se sirven los huéspedes honrados que á esta posada vienen.

—Con todo eso,—dijo el corregidor,—digo, huésped, que ni es decente ni conviene que esta doncella esté en un meson; ¿es parienta vuestra, por ventura?

—Ni es mi parienta ni es mi criada, y si vuesa merced gustáre de saber quién es, como ella no esté delante, oirá vuesa merced cosas que juntamente con darle gusto le admiren.

—Sí gustaré,—dijo el corregidor,—y sálgase Costancica allá fuera, y prométase de mí lo que de su mismo padre pudiera prometerse, que su mucha honestidad y hermosura obligan á que todos los que la vieren se ofrezcan á su servicio.

No respondió palabra Costanza, sino con mucha mesura hizo una profunda reverencia al corregidor, y salióse de la sala, y halló á su

ama desalada esperándola para saber della qué era lo que el corregidor la quería.

Ella le contó lo que habia pasado, y cómo su señor quedaba con él para contalle no sé qué cosas que no quería que ella las oyese.

No acabó de sosegarse la huéspedada, y siempre estuvo rezando hasta que se fué el corregidor, y vió salir libre á su marido, el cual en tanto que estuvo con el corregidor, le dijo:

—Hoy hacen, señor, segun mi cuenta, quince años, un mes y cuatro dias que llegó á esta posada una señora en hábito de peregrina, en una litera, acompañada de cuatro criados de á caballo y de dos dueñas y una doncella, que en un coche venian: traia asimismo dos acémilas cubiertas con dos ricos reposteros, y cargadas con una rica cama y con aderezos de cocina; finalmente, el aparato era principal, y la peregrina representaba ser una gran señora; y aunque en la edad mostraba ser de cuarenta ó pocos más años, no por eso dejaba de parecer hermosa en todo extremo: venia enferma y descolorida, y tan fatigada, que mandó que luégo luégo le hiciesen la cama, y en esta misma sala se la hicieron sus criados.

Preguntáronme cuál era el médico de más fama desta ciudad. Díjeles que el doctor de la Fuente.

Fueron luégo por él, y él vino luégo: comunicó á solas con él su enfermedad, y lo que de su plática resultó fué que mandó el médico que se le hiciese la cama en otra parte, y en lugar donde no le diesen ningun ruido.

Al momento la mudaron á otro aposento, que está aquí arriba apartado y con la comodidad que el doctor pedia.

Ninguno de los criados entraba donde su señora, y solas las dos dueñas y la doncella la servian.

Yo y mi mujer preguntamos á los criados quién era la tal señora y cómo se llamaba, y de dónde venia y dónde iba, si era casada, viuda ó doncella, y por qué causa se vestia aquel hábito de peregrina.

A todas estas preguntas que les hicimos una y muchas veces, no hubo alguno que nos respondiese otra cosa sino que aquella peregrina era una señora principal y rica de Castilla la Vieja, y que era viuda, y que no tenía hijos que la heredasen; y que, porque habia

algunos meses que estaba enferma de hidropesía, habia ofrecido de ir á Nuestra Señora de Guadalupe en romería, por la cual promesa iba en aquel hábito. En cuanto á decir su nombre, traian orden de no llamarla sino la señora peregrina.

Esto supimos por entónces; pero á cabo de tres dias que por enferma la señora peregrina se estaba en casa, una de las dueñas nos llamó á mí y á mi mujer de su parte: fuimos á ver lo que quería, y á puerta cerrada y delante de sus criadas, casi con lágrimas en los ojos, nos dijo creo que estas mismas razones:

—Señores míos, los cielos me son testigos que sin culpa mia me hallo en el riguroso trance que ahora os diré: yo estoy preñada, y tan cerca del parto, que ya los dolores me van apretando: ninguno de los criados que vienen conmigo saben mi necesidad y desgracia: á estas mis mujeres, ni he podido, ni he querido encubrírsele: por huir de los maliciosos ojos de mi tierra, y porque esta hora no me tomase en ella, hice voto de ir á Nuestra Señora de Guadalupe: ella debe de haber sido servida que en esta vuestra casa me tome el parto: á vosotros está ahora el remediarme y acudirme con el secreto que merece la que su honra pone en vuestras manos: la paga de la merced que me hiciéredes, que así quiero llamarla, si no respondiere al gran beneficio que espero, responderá á lo ménos á dar muestra de una voluntad muy agradecida, y quiero que comiencen á dar muestras de mi voluntad estos doscientos escudos de oro que van en este bolsillo.

Y sacando debajo de la almohada de la cama un bolsillo de aguja de oro y verde, se le puso en las manos de mi mujer, la cual, como simple, y sin mirar lo que hacia, porque estaba suspensa y colgada de la peregrina, tomó el bolsillo sin responderle palabra de agradecimiento ni de comedimiento alguno: yo me acuerdo que le dije que no era menester nada de aquello; que no éramos personas que por interes más que por caridad nos moviamos á hacer bien cuando se ofrecia.

Ella prosiguió diciendo:

—Es menester, amigos, que busqueis dónde llevar lo que pariere luégo, buscando tambien mentiras que decir á quien lo entregá-

redes, que por ahora será en la ciudad, y despues quiero que se lleve á una aldea: de lo que despues se hubiere de hacer, siendo Dios servido de alumbrarme y de llevarme á cumplir mi voto, cuando de Guadalupe vuelva, lo sabréis, porque el tiempo me habrá dado lugar de que piense y escoja lo mejor que me convenga: partera no la he menester ni la quiero, que otros partos más honrados que he tenido, me aseguran que con sola la ayuda destas mis criadas facilitaré sus dificultades, y ahorraré un testigo más de mis sucesos.

Aquí dió fin á su razonamiento la lastimada peregrina, y principio á un copioso llanto, que en parte fué consolado por las muchas y buenas razones que mi mujer, ya vuelta en más acuerdo, le dijo:

Finalmente, yo salí luégo á buscar donde llevar lo que pariese á cualquier hora que fuese; y entre las doce y la una de aquella misma noche, cuando toda la gente de casa estaba entregada al sueño, la buena señora parió una niña, la más hermosa que mis ojos hasta entónces habian visto, que es esta misma que vuesa merced acaba de ver ahora: ni la madre se quejó en el parto, ni la hija nació llorando: en todos habia sosiego y silencio maravilloso, y tal, cual convenia para el secreto de aquel extraño caso.

Otros seis dias estuvo en la cama, y en todos ellos venia el médico á visitarla; pero no porque ella le hubiese declarado de qué procedia su mal; y las medicinas que le ordenaba, nunca las puso en ejecucion, porque sólo pretendió engañar á sus criados con la visita del médico.

Todo esto me dijo ella misma despues que se vió fuera de peligro; y á los ocho dias se levantó con el mismo bulto, ó con otro que se parecia á aquel con que se habia echado.

Fué á su romería, y volvió de allí á veinte dias ya casi sana, porque poco á poco se iba quitando del artificio, con que despues de parida se mostraba hidrópica.

Cuando volvió estaba ya la niña dada á criar por mi orden con nombre de mi sobrina, en una aldea dos leguas de aquí: en el bautismo se le puso por nombre Costanza, que así lo dejó ordenado su madre, la cual contenta de lo que yo habia hecho, al tiempo de despedirse me dió una cadena de oro que hasta ahora tengo, de la cual

quitó seis trozos, los cuales dijo que traeria la persona que por la niña viniese: tambien cortó un blanco pergamino á vueltas y á ondas, á la traza y manera como cuando se enclavijan las manos, y en los dedos se escribe alguna cosa, que estando enclavijados los dedos se puede leer, y despues de apartadas las manos queda dividida la razon, porque se dividen las letras, que en volviendo á enclavijar los dedos se juntan y corresponden de manera que se pueden leer continuamente: digo que el un pergamino sirve de alma del otro, y encajados se leerán, y divididos no es posible, si no es adivinando la mitad del pergamino; y casi toda la cadena quedó en mi poder, y todo lo tengo, esperando el contraseño hasta ahora; puesto que ella me dijo que dentro de dos años enviaria por su hija, encargándome que la criase no como quien ella era, sino del modo que se suele criar una labradora.

Encargóme tambien que si por algun suceso no le fuese posible enviar tan presto por su hija, que aunque creciese y llegase á tener entendimiento, no la dijese del modo que habia nacido; y que la perdonase el no decirme su nombre, ni quién era, que lo guardaba para otra ocasion más importante.

En resolucion, dándome otros cuatrocientos escudos de oro, y abrazando á mi mujer con tiernas lágrimas, se partió, dejándonos admirados de su discrecion, valor, hermosura y recato.

Costanza se crió en el aldea dos años, y luégo la truje conmigo, y siempre la he traído en hábito de labradora, como su madre me lo dejó mandado.

Quince años, un mes y cuatro dias há que aguardo á quien ha de venir por ella, y la mucha tardanza me ha consumido la esperanza de ver esta venida, y si en este año en que estamos no vienen, tengo determinado de prohijalla, y darle toda mi hacienda, que vale más de seis mil ducados, Dios sea bendito.

Resta ahora, señor corregidor, decir á vuesa merced, si es posible que yo sepa decir las bondades y virtudes de Costancica.

Ella, lo primero y principal es devotísima de Nuestra Señora: confiesa y comulga cada mes; sabe escribir y leer; no hay mayor randera en Toledo; canta á la almohadilla como unos ángeles; en ser